Los pasos que llevan al infierno

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

Los pasos que llevan al infierno (por Daniel Bernardo Grimberg)

Recuerdo como fui denunciado, y que detrás de la bravata que me hicieron estaba la figura de Martino Achával. Se encontraba ahí enfrente mío, gesticulando a velocidades supersónicas; vi sus mismos estremecimientos, sus reacciones de estupor cuando nos reunimos por primera vez en Tribunales. Medía sus palabras, y temblaba cuando yo señalé sus actos turbios. Desdeñé a ese hombre, pero nunca lo conocí muy bien. El examen que hice sobre él, era paralelo al que efectuaba sobre sus colegas. El fundamento de mi acusación fue que se hiciera Justicia, entendiendo a ésta como lo más valioso dentro de lo comunitario. La fecha de mi denuncia no tiene una relevancia directa.

I

En el corazón de calles sin ochavas, con pocas precauciones solía pasear frente a paredes de luces, entrar a multitudinarios negocios sin rehusar las miradas de la gente, mientras que proporcionalmente él se encontraba asustado por muchas sospechas, y querría pasar desapercibido, aunque su fisonomía fuera frecuentemente vista en espacios públicos a través de posters de campaña que hablaban de su condición política independiente y hombría de bien. Aquello era simultáneamente una pérdida de vergüenza y el enchastre de calles con carteles ofuscados. Porque durante las campañas sólo se aportan datos primarios, e invitar a reflexionar a la gente es una omisión necesaria.

Yo he hablado pestes de él, pero lo que he contado no fueron trivialidades ni mentiras. Y aún fui generoso, porque mi única disciplina era esperar hasta estar seguro. Mis denuncias no fueron determinadas por pasiones o caprichos, sino por consideraciones legales que no deberían quedar en esferas abstractas. Brindé aportes innovadores, junto a los instrumentos metodológicos para iniciarle un proceso.

En esta república instilada con corrupción, una mujer se empecinó detrás de mis pasos sin que una mínima preocupación tajeara su rostro. Compartía mi cosmovisión, mis argumentos y mi ética. También me reveló los desafíos concretos que presentaba la política, y me hizo ver algunas de las bellezas de la vida; pocos días después de conocernos intimábamos

plácidamente. Ese fue un idilio que me explicó mis razones para actuar en esa época. Nos elegimos frente a las intenciones agresivas del mundo, para ser destinatarios de un amor casi mágico. Era la lógica narrativa que necesitábamos para continuar; no usábamos máscaras, ni éramos personajes y no había nada que esconder... al menos en los inicios.

Nos sacrificábamos a diario en pos de un ideal que nunca debía reblandecerse. Tramábamos una significancia cósmica, algo grandioso y alegórico que superaría lo ordinario. Porque no nos aislábamos en nosotros mismos, sino que pugnábamos por arrancarle la cabeza al monstruo feroz que dominaba la sociedad: la corrupción. Teníamos en cuenta que para ésta hasta entonces no había una explicación, o un lenguaje capaz de explicarla.

No hubiéramos sido felices si nos exiliáramos, por lo que asiduamente analizábamos la relación que debía haber entre ética y política; acordamos jugar un rol que no sería de tolerancia. Por entonces éramos ingenuos que paseábamos bajo el sol con imperial libertad, sintiendo los frescos aires que a veces se convertían en brisas. Esas flexiones del viento despreciaban las posturas estáticas y pasaban por la mayor cantidad de espacios entrecerrados por los edificios.

Silvina, crédula de mi amor, recogía con solvencia los datos necesarios para acusar a Martino Achával (esa fue la función inherente a su gran inteligencia). Experimentaríamos el goce del cazarlo a través de las profundas consecuencias de nuestras investigaciones que eran como huellas dejadas por un animal en franca huida. Ese hombre era un apóstol de lo indigno, alguien que sobrepasó la vía general con que delinquía el resto de los políticos. Fue el autor intelectual de grandes desfalcos, que me he impuesto convertirlos en el eje de esta narración. Revisábamos con mucho cuidado sus pasos, cómo falseaba los números, y hablaba de una maravillosa realidad por venir, mientras pedía gruesos sobornos, haciendo orgullosos vaivenes entre lo ficticio y lo ideal. Nuestras intenciones no eran meramente oportunistas, sino que buscábamos anular su carrera en el gobierno. Lo meteríamos en la cárcel según nuestros briosos idealismos de jóvenes. No creíamos que eso fuera una ilusión: los mostraríamos al público con sus características reales, bosquejando una muestra de las cosas que había hecho.

La ciudad era complementaria de nuestros quehaceres: nos hacía andar o nos restringía en esquinas arboladas en donde nos besábamos llenos de amor y esperanza. Íbamos en cualquier dirección, y nos parecía que los siglos se intercambiaban con horas. Juntos salíamos del fondo de nuestras inercias para tomar parte, y buscar una salida de la hastiosa situación política. En los Conciertos a los que asistimos, escuchábamos buena música, y yo le solía regalar ramilletes de flores. Nos desplazábamos de un punto de la ciudad al otro, en el pico de nuestras emociones. Nos alzábamos de las entrañas de los barrios a una velocidad desenfrenada,

creyendo que haciendo planes obtendríamos la liberación y el fin del egoísmo. Pero la lectura que hacíamos era sólo el efecto de nuestra enorme estimulación.

Por entonces rescindí de las tímidas formalidades que cumplieron mis mayores, y pasé al ataque frontal al señalar que Achával se aprovechó de las ventajas que le daba el ser funcionario de Estado, y que las tertulias celebradas en su casa estaban conectadas con lavados de dinero. Eso dije dentro de un conjunto de actividades bien intencionadas. Fueron varias rudimentarias denuncias, que connotaban la forma con la que quería abrirme camino (vinculándome directamente con la ciudadanía, y que ésta se implicara afectivamente conmigo). En ningún momento amenicé la situación, sino que me volqué de lleno a atacarlo. Tuve el ímpetu del hombre que no renuncia al bagaje de su buena educación. No lo percibía como un funcionario, y ni siquiera como un fantasmal político, sino como un lobo que era necesario erradicar antes que volviera a atacar al rebaño. Achával pasó a ser un símbolo despiadado, que no debía tener más inherencia con la distorsionada realidad.

Si bien fue torpe mi acción, no fue una herejía, y me mantuve constante aún en las noches en que las calles estaban desiertas, y me fijaba en todo con los ojos bien abiertos. Veía los cíclicos elementos: las creaciones de las luces eléctricas y los murales pintados por artistas. Pensaba en que cosa serviría de prueba plena para destruir la imagen de Achával, o si se quiere: sus mitos controvertibles. Mi empresa consistía en demostrar sus falsificaciones. Ese asedio era mi tarjeta de presentación política, lo que me hacía reconocible frente a los electores. Así mis reseñas se publicaron en revistas de cierta importancia, en donde se especulaba que estaba haciendo un gran aporte al público en la lucha contra la corrupción. La causa por la que la gente me saludaba en la calle, era que me identificaban como un defensor de la ciudadanía. Nunca hubiera imaginado que ese claro discernimiento fuera una pista falsa.

Vi a muchas otras mujeres aparte de Silvina; no fueron más que pasajeros encuentros y nunca sentí por ellas lo mismo; apenas me dieron algunas claves de orden sensual. Digo que no fueron vínculos profundos, sino los frutos de tentativas y juegos; distracciones felices que debieron envolverse en nieblas. Porque Silvina fue una madraza que cuidó de mí, y no una tangencial mujer que me llenara con su erotismo (al menos cuando los días pasaron masivamente y aumentó mi apetito por otras mujeres). Sé que me enredé un poco, pero la vida lleva a esos inconscientes actos. No existe quien fuera inmutable, y no tema envejecer sin aprovechar todo lo que el tiempo le ofrece. El hombre frente a las mujeres es un ser sin dirección... ante la concupiscencia nadie se ata las manos, sino que deja libre el paso a los sueños para que giren según sus grandilocuentes números.

Silvina reaccionó con contrariedad, y para ella los torpes juegos a los que me había abocado significaron la ruina de nuestra relación. Ahora, yo debía penar por haber sido tan insustancial, y haberla llenado con lujuriosas intrigas. No pudo soportar la angustia por mis reincidencias, porque tenía una visión romántica pasada de moda o fuera del tiempo. Recuerdo las fugaces escenas en las que ella se apuraba al andar, anunciándome que sabía en que andaba, y había detectado muchas contradicciones entre lo que yo decía y hacía. Tenía apuro para contradecirme, hacer que el mundo en el que convivimos se revirtiera al caos, aseverando que mis hábitos eran espeluznantes y nunca había sido ni pudoroso ni discreto.

Había hecho injerencias en mi teléfono móvil, comunicándose con algunas mujeres que yo solía visitar, y utilizando algunas lógicas femeninas se victimizó. Tuvo la fragmentaria intención que confesara, para destituir la razón de ser de mi arriesgado destino. Y no creyó en mis cuentos de inútiles coincidencias, sino que finalmente renegó de mí, y en ese instante todas las coordenadas de mi vida tambalearon, obligándome a un repliegue hacía un punto interior en una posición solitaria.

Después recorrí las calles en que nos habíamos encontrado y mi nostalgia fue abrumadora. Con los ojos reteniendo lágrimas quise pedir una breve explicación a la gente que ajena a todo, se lanzaba por los costados. Pero me reanimé al decirme que el amor era un obstáculo o un desvío imperfecto de mi misión. Tenía que renegar del pasado como una idea sin sentido, una plataforma mental imposible de unir con el presente debido a sus dicotomías tajantes. Así, al quedar privado de la compañía de Silvina, me convertí en un hombre con una algarabía menor, pero con más firmes propósitos. Ahora que había adquirido una inusitada importancia, me dedicaría por completo a desenmascarar a mi enemigo. Ese exceso de tensión me encadenó a un mayor afán por destruir a Martino Achával. Ya la trama de corrupción había salido a la superficie, haciéndose evidente.

II

Sin pensar más en Silvina, y cómo era menester en el caso de Achával, hablé sin displicencias, aunque la gravedad de esos instantes atrajo a mi vida lo inseguro y una permanente agresión. Porque en ésta cultura se entiende que cuestionar el obrar de un político, es similar a utilizar un lenguaje soez. De todas formas, nadie podría suponer que mis inflexibles declaraciones serían completamente ignoradas. Había llegado al clímax de mis denuncias y la opinión pública no podía esquivar al asunto. Sin embargo, el entorno de Achával me señaló cómo enemigo del Orden, y las minucias que armaron, comenzaron a molestarme. Malinterpretaron mis informes y mi amable estilo. Luego me di cuenta que el hombre tenía un nivel de sofisticación mayor al que sospechaba, y podía inmiscuirme en

vastas acusaciones insensatas y periódicas.

¿Acaso había estado juntando los pasos que me llevarían al infierno? ¿Me había enredado en un destino inverso al que había concebido? ¿Podía obligar a ese personaje la ejecución de una rendición de cuentas apropiada, o eso era una pretensión sólo consecuente con mi vanidad juvenil y sofocante? ¿Podía yo, siendo un pobre pescador, sacar del mar a ese pez gordo? Siempre fueron divergentes la indiferencia y el obrar ético, por lo que uno tiene que escoger de qué lado se ubicará. Yo escogí luchar contra las deformaciones que hacía sobre la sociedad, los híper corporativos medios gubernamentales.

¿Hasta dónde llegarían mis protestas insistentes y apasionadas, cuándo en éste país todo tiende a borronearse? ¿O sería tenido como un parlanchín borracho, que es insignificante pero potencialmente dañino? ¿Cómo no fantasear en las noches, cuando la realidad no era otra cosa que un despilfarro de mentiras que no pueden ser dilucidadas y crean sentimientos nocivos? Porque atacar a los delincuentes de guantes blancos era considerado ejercer violencias, o algo sin ninguna educación. Es así: vivimos para que nuestros políticos sean felices... En la ciudad no hay fiestas, sólo perdidas multitudes; personas que se escinden del grupo social y sólo les importa salir a flote. No existen los héroes, sólo hay una polaridad extrema entre vivillos y desgraciados.

A fin de cuentas, el mundo no es mejor que antes, y no hay referencias dignas en los brindis que hace la gente, ni en la colectiva coincidencia que hace que todos se levanten en mismos horarios matutinos, o en el placer de dirigirse a una habitación para volver a dormir. Es una repetición tenaz que no da lugar a dudas. La consigna de cada uno es superar ese día para que sea transformado en horas muertas. Y regresar una y otra vez a lo ínfimo, lejos de la conciencia moral y sus operaciones reflexivas. Muy menudo de nada vale una buena reputación y la vida es vomitar sin parar; es dejar de escuchar al otro, y emitir sonidos que no tienen nada que ver con palabras. Así el Sistema sigue igual o empeora; y al no hacer nada, cada persona le da validez, considerando a lo que pasa como algo asimilable. Pero yo no pude transigir con la fealdad, con el invierno, ya que, si bien los años son parejos y constantes, resignarme me hubiera desmenuzado, quitándome la sencillez, y atrayéndome una complejidad afín al desquicio... aunque me creara peligros desconocidos para la persona común. Intentaba convertirme en un referente moral, aunque mediara un grado abismal de incompreensión.

Las caladas luces de los escaparates convidaban al transeúnte a comer deliciosos buñuelos, cuadraditos hechos con grasa o manteca. A sentarse en una mesa para observar las esféricas copas que se llenaban con vino. Me encontraba solo de cara a un decisivo enfrentamiento con Achával, y añoré a Silvina que solía elogiarme y desplantaba de mi corazón los rancios sufrimientos (ninguna otra mujer se ubicó entre mi función y el

mundo). Recuerdo cuando me decía que había que crear una Fuerza Nueva contra la corrupción, que era el cáncer que carcomía a la sociedad. Debíamos hacer un trabajo completo y diferente: de vanguardia, y ella se situaría a mi lado para limpiarme las telarañas y darme algo de fe. Ese era el apoyo que generaba de a ratos y sorpresivamente.

Yo quería ser un libertador, un miembro del club de los honestos al repudiar enérgicamente todo lo aborrecible de la política. Deseaba que las fronteras genéricas entre las autoridades y el pueblo fueran borradas, e inaugurar una nueva etapa que al menos desviara a lo ruin. Mi única ideología era la de revertir las trampas armadas sobre la gente común. Y no quería que asociara más la corrupción con un válido proceder pícaro, ni permitiera a los políticos abusar de sus posiciones privilegiadas, e hicieran sus chanchullos sin mínimos principios ni cautelas. La honestidad debía ser el requisito previo y principal de cualquier servidor público, y no podía ser una cuestión difusa, sino la seguridad que se perfilaba en cada día.

Sin embargo, me metí dentro de los feudos de los políticos que me hostigaron y chapearon sobre mí sus privilegios. Ellos predeterminaron mi misión como imposible, derribando cada uno de mis presupuestos teóricos. Frente a la ciudadanía se asumían invencibles e invulnerables, porque se ayudaban y marchaban juntos por el mismo frente. No les importaba el deber, sino que mantenían imágenes imperturbables mientras sus mentes se movían por recodos desconocidos. Decían que promulgando leyes abarcaban todo lo que la gente necesitaba, pero estas eran impracticables y alejadas de lo real. Se trataban de suposiciones agradables, recopilaciones de virtudes impropias al tiempo. Hacían lo que querían porque tenían las ventajas del Poder que compartían con sus compañeros, y desconsideraban los ciudadanos que eran los últimos de la pirámide social dentro del esquema que a lo largo de décadas habían tejido. Manteniendo similares monólogos, hacían largos viajes, se compraban grandes fincas, y vivían en un mundo que para el grueso de la población pertenecía a una dimensión ficcional. Ellos se sentían el origen y la causa del país, y los demás eran aquella obligada referencia retórica en el momento de las elecciones. Todo seguiría por el cauce ordinario: el país se deterioraba y ellos se enriquecían.

Además, podían crear rampantes crisis con sólo pulsar teclas en sus teléfonos celulares. Usaban las estratagemas del Poder que siempre iba un paso más allá de cualquier amenaza que pudiera presentarse. Se concertaban bien, imponían dos o tres imperativos categóricos, y sacudían la sociedad a través de osadas operaciones. Sostenían la necesidad de expandirse, y buscar nuevas vías dentro del Estado para obtener riquezas.

Fácilmente podían declarar la guerra contra un individuo, y hacerlo en forma fanática. Sus métodos no eran explicables, pero todo quedaba librado a interpretaciones que no eran problemáticas. De acuerdo a sus

secretas doctrinas, si un sujeto representaba un gran absurdo y contrasentido, había que señalarlo inamistosamente. En teoría los políticos estaban para defender la sociedad, y nadie podía hacer una cizañera refutación de sus buenas intenciones.

Sus desvergüenzas me provocaban ardor en el estómago y mi lengua no se refrenó, porque siempre fui así: jamás me borré frente a circunstancias adversas y siempre me enfrenté con los malvados. Nunca tuve discreción o recato con aquellos que se distinguieron por sus malas acciones. El luchar contra las mafias políticas fue mi extraño goce, mi paradójica satisfacción. Estaba decidido a cambiar la realidad, sin enaltecer los caprichos de los poderosos para que me tomen como uno de ellos. Y siempre me mantuve dentro de la legalidad, aunque esta me llevara a terrenos sumamente miserables... puesto que el dinero regula las conductas de los hombres (las necesidades de comer y vestir, no brindaban alternativas). Pero a través de Silvina y apelando a valores civiles básicos, había conseguido suficientes fuentes de financiación.

Ellos desplegaron sus inmorales tácticas sobre mí con una calma sorprendente. Se dieron cuenta que era un solitario, y quisieron confundir a mis seguidores diciendo que mi mundo era extraviado y lleno de fantasías. Me tildaron de superficial porque descubrí sus tramoyas secretas. Dijeron estar fascinados por mis excesos frívolos. Esas primeras disquisiciones fueron los signos de mi futura agonía. Debo reconocer que actuaron con su típica profesionalidad; representaron sus relatos de manera figurativa, agregando aquí y allá, algunas breves precisiones. La Corporación cruel comenzó a tejer polémicas en torno a mis labores ¡Se mostraban como magníficos justicieros, pero no eran más que sujetos mezquinos, que adoptaron fábulas del género policiaco! Temían mi intervención y a la intromisión campante de la ciudadanía.

Al haber atacado a Achával, todo el arco político que a menudo estaba dividido, se unió en mi contra. Lo hicieron al armonizar los poderes del Estado para introducirme en el más agobiante de los laberintos. ¡Ellos supusieron que yo me detendría, respetando sus espurios magisterios y tal vez postrándome en altisonante gesto de veneración! ¡Que, haciendo un poco de presión en mis puntos débiles, harían variar mi panorama! Y esa obra horrible fue armada para que sea la estructura de mis pesadillas.

Tan enceguecido era su nivel de arrogancia, que no se daban cuenta que eran mecánicamente odiados por los que tenían dos dedos de frente, quienes no ocupaban lugares jerárquicos y estaban dispersos por el país; por filósofos y pensadores que conservaban una intuición esclarecida. También entre aquellos que estaban lejos de sus negociados y sobrevivían a duras penas; por el pueblo al que recortaban sus trazos reales y quedaba reducido a ser flujos en las manifestaciones que organizaban. Por padres, hijos, hermanos, que contemplaban de lejos como seguían

saqueando al país, con asombro y horror.

Entre ellos solían referir cómo infelices a aquellos que decían apadrinar. No querían abrir campos de debate, sino que las cosas siguieran como siempre, con una estricta delimitación entre los que ostentaban el poder y la desorganizada mixtura que era la gente. ¡La existencia de inertes masas era la suposición básica de cualquier buen político, ya que cuanto más disperso estaba el pueblo, más podían robar los que habían ascendido al estrellato! La realidad en este país siempre fue que, los que ejercieron cargos públicos fueron ladrones, que con creatividad buscaron nuevos ángulos y oportunidades para cometer fechorías. Sólo les interesó ganar plata, y consideraban al pueblo un instrumento de sus ambiciones personales, al que había que tirarle frases sugestivas que les hiciera creer que las magias tenían chances de aproximarse a la realidad. Con las poderosas influencias del Estado creaban un virtual estado soporífero.

A fin de cuentas, qué era el Poder, sino subyugar a aquellos que no lo tienen. Los que no controlaban nada debían ser controlados, para que no se tornaran en controladores. De esa proposición que aseguraban que había sido programada por el más puro instinto gregario, surgían dos categorías: los que mandaban y los que tenían que dejarse mandar. La gente debía ejercer sus oficios y respetar la Ley, es decir aceptar las imposiciones centrales de los poderosos, tanto si fueran justas o traspasaran los umbrales de la racionalidad.

El detentar el Poder era apartarse cautelosamente de la pobreza y disfrutar de las excelencias del buen vivir. Ya no tenían por qué rebajarse a comerciar en los mundos bajos, sino que de una manera nada servil se imponían remuneraciones, sobresueldos, y los productos secretos de sus extorsiones. Gracias a reglas fijas que habían instituido podían hacer prevalecer sus apasionados intereses. Y era indeseable mantener una posición crítica frente a lo que denominaban con mal gusto "democracia", cuando fatalmente se trataba de una "politocracia", es decir el gobierno de los políticos, generado por estos y para ellos mismos.

¿Qué otra cosa era el Poder más que la manipulación que suele hacer la casta política sobre las tontas masas, cuyo papel se adscribe a lo meramente simbólico? Las personas eran fácilmente sugestionadas y seducidas por los profesionales de la locuacidad, quienes les pedían formalmente que fueran sus votantes, cuando en forma silenciosa y real también les demandaban que fueran sus cómplices pasivos.

III

Ya he sido destruido o transformado en una cosa; he perdido amistades y ya nadie me demuestra algún grado de confianza. Si ahora apareciera un hada madrina colmada de regalos, la destrucción de lo inminente sería el resultado de su horrible generosidad, y rápidamente se convertiría en

alguien tan detestable como una bruja ... quiero decir que ya no esperé milagros; soy un hombre caído que se retuerce en el suelo, aunque aparenta caminar firme sobre baldosas rotas. He pasado a ser un sujeto muy limitado; un inescrutable leproso. Y no pude seguir ocupándome en perseguir a Achával, como bien se jactan algunos. Ese esencial trabajo acabó siendo mi ruina, y dio lugar a una serie incesante de digresiones. Hablar de libertad ahora me suena ambiguo, sería una afirmación mutable e inconexa. Arrinconado como estoy me voy deshumanizando; una serie de acontecimientos funestos se repite en el tiempo, en las formas que adquieren los días. No entendí el significado de las notificaciones judiciales que me llegaron, o traducirlas a un lenguaje comprensible. Eran como páginas circulares, y fuegos que ingresaron a mi domicilio sin que a simple vista generasen incendios. Me desprovieron de lo elemental, y no encuentro rincón en donde exiliarme. Las escaramuzas de los abogados de Achával me han derribado hasta los fondos más profundos. Ellos han formalizado mi ruina como si fuera una función normal del Estado, lo que lograron torciendo mis argumentos hacia tópicos repelentes. Ando por un itinerario vil de estrados judiciales, que jamás imaginé que recorrería. Con obstinación me niegan lo elemental: el recorrer a pie un día de luz y ver cuán llenos de palomas están los parques. Soy un hombre sujeto a una Justicia lenta que me hilvanó dentro de un laberinto cuyas direcciones me resultan indescifrables.

No eran pocos los que en la calle me sacaban fotos con celulares al reconocerme, y me abrumaban con miradas que torcían cuando se las devolvía, para enfocarlas en cualquier estante, bombita eléctrica, o segmento del mundo físico que no tenía una necesaria significación. Ya no querían ubicarse al lado de quién parloteaba contra los poderes, siguiendo un ideal romántico o mítico. Y no me veían como alguien de gran responsabilidad en lo ético, sino como un loco que tuvo que subordinarse a la realidad. Igualmente, habían aprendido desde muchísimo tiempo atrás a desarmar sus miradas y no involucrarse demasiado. ¡La indiferencia, el deleite en no ver, es la pobreza más contundente de un pueblo! Siempre ha sido un gran problema discrepar con los poderosos, tanto en épocas de dictadores como en las de los políticos. Ambos eran omnipotentes y condenaban a multas o prisión, o a que envejecieran todos los reclamos.

Mis enemigos no permitieron que cayeran sobre mí la noche con sus estrellas, o mejor dicho que me entregara la apaciguada felicidad del sueño. No mezclaron su obrar con benignos sentimientos, ni permitieron que mi historia siga en paz por sus trayectos naturales. Por el contrario, no dejarán en mi a señas de paz porque había franqueado un límite supremo que jamás admitieron que alguien traspasara. He protestado contra los gobernantes, reconocido sus fallas, y la forma como arrasaban diariamente al país.

Entonces sus victorias consistieron en entorpecerme en cuerpo y mente, en fundar en mí una cantidad de males de naturalezas diversas. Lo hicieron a través de la infamia y la rutina: me transformaron en una criatura patética que ronda perdidamente por los pasillos de tribunales, buscando el cierre de su proceso o algo que justifique su anodina libertad.

Siento como si me estuvieran oliendo táctitos gusanos que se acercan irreflexivamente a mis pies, y que hasta ahora sólo habían sido partes de lejanos suelos. Por eso escribo estos papeles: para comunicar a la humanidad mis inquietudes y escepticismo, mientras me voy acercando a confines del agotamiento de los que nadie puedo escapar. Porque el hombre no tiene otro mérito que aguantar por un tiempo muy corto al cansancio. Cada mañana renazco para sentir que esa noche podría ser la de mi muerte; las condiciones ya están dadas y no son oponibles a ningún orden ni racionalidad preestablecida.

Martino Achával hizo lo efectivo para destruir la tranquilidad de mis noches y la alegría de mis días. Desde su alta posición movió todos los hilos, y desde el principio sabía cuál iba a ser el resultado. Ese hombre al que acusé, ha dejado de fingir ser bondadoso y ha desatado sobre mí una tormenta de causas. Entendió como estridentemente necesario deshacerse de su contrincante. ¿Cómo pueden pedirme que le dé una enérgica respuesta cuándo estoy zozobrando, empalado por la vigilancia que efectuaron sobre mi persona? Hombres de semblantes duros están a mi alrededor por doquier, vigilando mis movimientos y cada derivación de mis conversaciones telefónicas.

Si bien mi lucha fue lícita, Martino Achával nunca aceptó rendir cuentas, y me pidió a mí que explique el origen del poco dinero que he juntado. Halló una especial incoherencia en mis finanzas, y esa fue la oferta que hizo al juez como su magnífico alegato. Inició su ataque a través de agravios indefinibles: ¿Quién era yo para imputarle algo? A lo sumo quien debía hacer repugnantes peregrinaciones para rendir cuentas.

Ya olvidé las medidas que por años me permitieron experimentar una ligera felicidad, y veo como se sintetizan en mi rostro las amargas y el desconsuelo. Estoy apremiado, fuera de foco, integrado a un extenuante encadenamiento jurídico. Voy rodando cuesta abajo, no puedo pensar con precisión, y siento que no hay nada que pudiera quitarme de este proceso. El tiempo pasó a ser una vigilia por otros tiempos que podrían ser metafísicos, y liberar mi esencia... Han puesto en duda mi honestidad y me han forzado a internarme en esta barricada legal, a la que consideran un paradigma que demostró al mundo que fui dominado por la vanagloria.

Por supuesto que diferí con lo expresado con deshonor por jueces complacientes al poder político, a Achával y su habilidosa caterva de

abogados, en aquella engañosa mañana que duró hasta las 3 de la tarde (mi salida a los patios de Tribunales fue debido a mi propensión a tener migrañas, y no porque me hubiera acobardado). Por supuesto que no cuidé un esplendoroso estilo, porque nunca tuve tal cosa sino el resplandor del inocente. Yo fui el que hizo la preexistente denuncia, y terminó radicalmente acusado por algo misteriosamente complejo. A través de un expediente cuya injerencia perturba, pero del que nadie conseguiría hacer un pleno análisis. A través de apestosos artificios legales me endilgaron ser un sujeto de vida oscura. Eso quedó explicitado en el Testimonio del juez Karma, que le dio una chirriada importancia al desplazamiento de un capital, cuyo origen es crítico e inverso a la lógica. Este no mencionó que además yo era un ser vacilante que creyó tener la misión de salvar al país. De todas formas, es mejor dejar de recopilar los relatos ficcionales de la Justicia.

Sus tareas fueron sencillas, y al final, gracias a mí, Martino Achával obtuvo una dosis extra de prestigio, es decir, se hizo con un núcleo más importante de poder. Dijo que quería continuar con sus funciones senatoriales, y dejar atrás esa pieza dramática de extraña procedencia, pero no podía ya que la defección del santo era ganancia para los malvados, según le había explicado alguna vez un catequista. Por sus negocios con la realidad debía acabar con quien se trataba de un inexorable bandido...

El 3 de septiembre volví a los Tribunales para declarar en forma articulada contra Martino Achával quién hubiera tenido que responder por millonarios faltantes del dinero público. Pero lo que fue continuamente perverso bajo ninguna circunstancia se reformó.

IV

No pude creer cuando agentes de seguridad tocaron el timbre de mi casa, acá en la calle Tacuarí al novecientos. Habían llegado a mi domicilio con una espuria orden de arresto, o mejor dicho así lo entendí y me preparé para recibirlos. Habían sido mencionados ocho años de prisión y una completa inhabilidad para presentarme a elecciones. Se habló también que sólo con mi encarcelamiento harían una eficiente reivindicación a Martino Achával.

Creyeron que por cuestiones de gentileza me iba a presentar sonrojado y sonriente, preguntando por qué en esa nueva ocasión el señor juez se había acordado de mí. O que me dejaría llevar por ese avatar en el que el corrupto Sistema imponía por la fuerza sus mentiras, que eran símbolos elocuentes de su perfecta inexorabilidad. O que presentaría una coartada legal que lograría posponer la sentencia al menos por cinco años, y empujaría a todos a sentirse un tanto compasivos, ya que con lágrimas en los ojos pediría disculpas por la demencia errática con que me había conducido. No calcularon mi estado de abandono, la herida abierta que

quedó en mi corazón, y que ya no soportó más el juego de idas y vueltas al Palacio de Justicia, que fue pensado únicamente para torturar al que presumían de ser criminal o al menos un pobre desgraciado. Yo mantuve la convicción de haber hecho lo correcto, aunque el único progreso obtenido fue el de instaurar mi destrucción. Ya no quiero escuchar más las severas especulaciones de jueces y abogados que me movieron de un lado a otro como a una marioneta, para que me perdiera en universos de ciegas palabras, en procedimientos llenos de decapitados símbolos. Ellos no tomaron en cuenta que siempre consideré cómo única condición para estar vivo, el ser libre, y que aún en el crepúsculo de este aciago día estaría dispuesto a inventar mi propio destino. Fue por eso que cargué mi revolver, y al abrir la puerta respondí a sus raudas peticiones con varios disparos...creó que herí a uno, ahora me van a tener que matar.

Fin